

CONVERSACION CON ANTANAS MOCKUS

IRENE: La Capital de la República tiene un concepto de seguridad casi singular, que está más cercano a la convivencia, que es la paz, que a la seguridad por sí misma. Esto es, como bien lo dicen muchos textos suyos al respecto, se han superado los criterios de seguridad del Estado y de orden público, para centrarse en lo que realmente debe ser la seguridad ciudadana, a partir de nuevas metodologías y procedimientos, como la cultura ciudadana, la tramitación pacífica de conflictos y la creación de barreras culturales contra la violencia.

Preocupa que este concepto no se haya comprendido y asimilado a cabalidad por sectores muy influyentes que piensan que lo importante de la seguridad es la protección de los bienes y la honra de los ciudadanos, por encima de la vida misma de los demás, para lo cual lo imperioso son las medidas represivas y el incremento del pie de fuerza.

ANTANAS MOCKUS: La ausencia de convivencia no se da únicamente en los espacios de conflicto armado, ni en lo que la opinión pública subraya o que tiene que ver con la seguridad del Estado. La falta de convivencia afecta de otra manera a la mayoría de los bogotanos, sea como intolerancia o como capacidad de saltar a la agresión física sin mayores preámbulos, todo por falta de barreras frente a la violencia, que debemos entenderla en un sentido más amplio que el de los actores que la escogen deliberadamente.

Sacar del repertorio del hombre común y corriente la posibilidad de usar la violencia, me parece una tarea muy importante, lo mismo que extirparla de las acciones familiares. Eso, de paso, genera un mensaje general de convivencia que contribuye a alejar, en el esquema de cada quien, esa posibilidad de usar la violencia. Obviamente que esa aproximación suena rarísima, porque casi que podría hacerse una caricatura diciendo: "No le pidamos a los demás que no sean violentos. No seamos violentos nosotros mismos"

Tengo también una visión, según la cual el enriquecimiento de las formas de expresión ayuda a evitar la violencia física, aunque ese aumento de posibilidades de expresión y, eventualmente, de participación, conduzca a escenarios relativamente complejos.

También confío mucho en lo que puede llamarse una ética procedimental, aunque sé que Colombia es uno de los países donde resulta más difícil de sostener esa confianza. Es la confianza de decir: "Hombre, no sabemos cómo va a terminar este proceso, pero busquemos que tenga en su estructura y en sus pasos cierta carga moral razonable". Por ejemplo, la Constituyente me pareció un proceso bonito. El país confiaba en que

en un tiempo dado, en un límite preciso, una gente elegida de cierta manera podría modificar las reglas básicas. Y salimos a otro lado, aun cuando mucha gente pensaba que no se iban a lograr los acuerdos que no iban a estar a tiempo. Pero se lograron. Hay, entonces, un antecedente importante de confianza en lo procedimental. Ahora que la Constituyente modificó, hasta cierto punto, el marco jurídico, la misión es hacer que el derecho se vuelva cultura, y hacer que la cultura evolucione en la misma dirección que ha evolucionado el derecho.

En particular pienso que el derecho a la vida y los derechos de los niños constituyen la máxima acción, porque es la combinación de los más sublimes derechos, pero que no han sido suficientemente interiorizados por la sociedad, lo que implica que antes que tomar posición sobre conflictos muy específicos, si alguien llega a tropellar a un niño tiene que saber que está en la olla, que está fuera de juego, cualquiera que sea la causa que esté empujando. Dicho de otra manera, pienso que independientemente de las posiciones con respecto a las distintas fuerzas en juego, uno tiene que hacerle fuerte contrapeso a toda idea de guerra total que anima a algunos actores, más bien minoritarios. Lo que me parece peligrosísimo es cuando algunos sectores animan la teoría de guerra total y otros actores están dispuestos a hacerse matar por no dejarse robar el carro, o por una ofensa, o porque le mentaron la madre. Aunque la mayoría de la gente no responde al llamado de la guerra total (eso me genera una cierta confianza), por cuanto la mayoría de la gente no le camina ni a un bando ni a otro, puesto que existe un aprecio genérico a la vida, sin embargo, lo raro es que ya en su cotidianidad se saltan la barrera y pasan a la violencia de una manera rápida.

Decirle a un enemigo "desármese", puede resultar ridículo. Pero si cada actor social, cada familia, cada comunidad, cada institución cultural y, eventualmente, cada fuerza política busca que los más cercanos reduzcan, por lo menos, los costos del conflicto, así no tengan el propósito de resolver el conflicto mismo, podría llegarse a reducir el uso de la fuerza a nivel de la gente que más lo puede oír. Y sé que no es nada fácil y de pronto algunas personas que acaten una invitación de éstas al rato sean víctimas. Uno a veces sufre por igual si le hacen caso o no le hacen caso y de pronto coge por trochas donde el camino resulta más difícil de lo que creía. Pero si uno mira el problema desde los fenómenos de la ciudad, existe un terreno más amplio de la violencia, que va más allá de la violencia que los noticieros presentan en primer plano. Yo creo que mi misión es actuar sobre esa otra violencia, con mensajes indirectos, por ejemplo, que a la sociedad le conviene el monopolio del uso de la fuerza, porque mientras hayan varios actores pretendiendo usar la fuerza, el costo es altísimo. Entonces uno puede simplificar el asunto diciendo "tarde o temprano el país tiene que unificar sus ejércitos", para decirlo en términos muy tolerantes frente a la pluralidad de fuerzas. Lo otro sería reestablecer el monopolio previsto en el Estado de derecho.

Para mí el Estado de derecho se disuelve cuando cualquier ciudadano decide que puede acudir a la fuerza para hacerse justicia. El tema de la justicia por mano propia me parece clave. Allí hay todo un malentendido reciente por parte de la sociedad respecto al tema de eficiencia de la justicia. Aún si la justicia es ineficiente, intentar hacerla por mano propia tiene unos costos demasiado altos como para que se justifique. Ninguna sociedad tiene una justicia cien por ciento eficiente. En muchas sociedades sólo un tercio o una cuarta parte de los homicidios son sancionados de una manera suficientemente ejemplar, como para que eso envíe una señal de peligro a la persona que hace el homicidio. Lo clave es que el homicidio en muchas otras sociedades está excluido no sólo jurídica sino culturalmente. A la gente, por su cultura, por sus costumbres, matar a otro le resulta una barrera insalvable, casi un tabú.

A veces pienso que puede ser más importante entrar en conversaciones con el gerente del diario "El Espacio" sobre la manera como trivializa la muerte que con un grupo armado. Hay una cultura de la violencia donde se ha suprimido el tabú que debe rodear la vida humana. Probablemente corregir eso puede tener tanto valor como resolver situaciones donde la violencia está más racional y empresarialmente organizada.

IRENE: En su discurso hay una tendencia a situar en el plano de la moral el tema del desarme, no obstante la gente tenga sus explicaciones sobre por qué se arma o por qué existe esa cultura del uso de las armas. En ese sentido es válido saber qué estrategias podrían aplicarse o cuáles son las alternativas de la gente frente a las siguientes causales de violencia: 1) el alcohol, muy ligado al incremento de la violencia, 2) el autoritarismo, que se ejerce desde la familia y que riñe con los propósitos de ampliar la democracia, aspecto importante por cuánto donde existe mayor interiorización de la democracia seguramente existe también más altas probabilidades de tramitar pacíficamente los conflictos sin necesidad de recurrir a la violencia o al homicidio y 3) el Estado, en consideración a que otra gran razón que arguye la gente es que se arma porque el Estado no es capaz de ofrecerle protección ni le imparte justicia ni le garantiza seguridad. Sería bueno conocer estrategias al respecto para saber que estos problemas no están expósitos al esfuerzo de convencer a la gente de que es malo matar, pues estaríamos confundiendo los instrumentos para controlar la violencia con una actitud y una conciencia, que son el resultado cultural de una acciones emprendidas.

MOCKUS: La correlación entre tasa de homicidios y desempleo, pobreza, velocidad del desarrollo económico, grado de desarrollo, ingreso, etc., todo eso no da bases científicas para asociar la violencia a lo que usualmente se consideran sus causas. Los grupos tradicionales de izquierda, la opinión pública y muchos ciudadanos se han echado sus cuentos sobre lo que justifica la violencia...

IRENE: Preguntaba sobre el alcohol y...

MOCKUS: Es que soy muy sensible a una frase suya. Nuestra sociedad talvez esté haciendo la transición que alguna vez se hizo en Grecia, y por un lado hay academia y por otro sofistería que da miedo, y entonces la pelea entre académicos, filósofos, científicos y sofistas debe ser asumida y explícitamente planteada. Alrededor de la violencia hay muchos sofismas justificatorios. Hay sociedades mucho más pobres con menos violencia. Este era un paréntesis que quería hacer.

Mi visión es, si se quiere, moral, pero no tanto en el plano individual. Yo creo que el mensaje individual de "no mate" no produce mucho efecto, o ya está plantado hasta donde puede llegar. El problema mio es cómo generar control social, que la gente sienta que pierde sus amigos, que pierde el respeto de sus colegas, etc., si mata. Es hacer como la tabuización, así como hay ritos de iniciación de sicarios que suprimen el tabú de la muerte que debe rodear la vida, hay que reconstruir esos tabús sobre la vida, y eso es un proceso cultural, no es un proceso exclusivamente administrativo.

¿Cómo se hace? Le respondo honradamente que no lo sé. Una de las maneras más raras de hacerlo es agrediendo simbólicamente al otro, que fue lo de la vacuna contra la violencia: mate usted al otro en figura, y pase por por la frontera a sabiendas que allí no hay confusión, porque ese es un simulacro en el que se estalla una bomba de caucho. Es decir, de algún modo hay que reconstruir un tabú alrededor de la vida humana.

Sobre el licor ¿Qué pienso? El primer mensaje de más difícil calado es "el licor implica riesgos" y, por lo tanto, cierta parte de la población tiene que tomar precaución a nivel familiar, de amigos, etc., porque hay un gran grupo de personas al cual el licor le hace daño. Las correlaciones estadísticas sí muestran que el consumo de alcohol en América Latina es tres veces mayor que en el promedio del resto del mundo. Eso implica que al comparar los niveles de violencia de América Latina con los del resto del mundo tendríamos una de las correlaciones más fuertes, sin que necesariamente signifique nexo causal. Pero a diferencia de las otras causas, la presencia del alcohol en la violencia es muy alta. Hay otros países, como los europeos, que consumen mucho alcohol, pero lo hacen distribuido en la semana, con las comidas, etc., por eso la comparación hay que matizarla teniendo eso en cuenta.

Mi propuesta sobre el alcohol lleva como primer mensaje que no es bueno, y es triste que el deporte se asocie a la publicidad del alcohol. Ojalá la sociedad tuviera la capacidad de reflexion sobre este aspecto y se autorregulara. De las dos empresas que producen cerveza, si alguna diera el paso en este sentido, se ganaría el respaldo de por vida de quien les habla. El segundo mensaje, más complejo, es: la sociedad debe ser

formada para coexistir con el alcohol, y la gente debe aprender a tomar. Eso está desarrollado en Las Leyes, de Platón, de una manera bellísima. Hay todo un currículo, todo el proceso educativo está construido en el texto de Las Leyes para que no nos pase ni lo que pasaba en Esparta, donde la gente no bebía y cuando lo hacía las perdía todas, ni lo que pasaba en Atenas donde la gente tomaba tanto que se desviaba de los caminos de formación posibles.

La gente desconfía mutuamente. Ese es un problema que tiene que ver muy profundamente con la paz. Generar confianza entre gente que está enfrentada es muy difícil, como hacerlo entre gente común y corriente. Somos muy desconfiados. Los costos que pagamos por la desconfianza son altísimos. Todo lo que hacemos lo rodeamos de preocupaciones jurídicas y verificaciones, y eso hace que la vida social funcione con menor eficacia. Entonces, hay que construir confianza.

En cuanto al autoritarismo en la familia, los siquiátras cada día me convencen más de que el problema no es de autoritarismo en la familia. Podría decir que si hay autoritarismo como caricatura de autoridad, como pataleta de la autoridad, pero lo que realmente hace falta es la figura paterna, que por lo general es muy débil, no sólo por ausencia literal y física del hombre sino porque su rol se ha debilitado, no se asume. A la sociedad le hace falta la figura paterna y le hace falta quien proponga y exija avanzar. Por eso hay prácticas autoritarias que tratan de llenar esa vacío autoridad. Cuando uno no tiene otra forma de autoridad sobre sus hijos llega a la violencia y al descontrol, a la descarga de agresividad física interrumpiendo toda la cadena de reguladores interiorizados en cada persona. La lucha contra la violencia intrafamiliar, esta idea de generar más afecto, como las escuelas de padres, son elementos que ayudan. La vida de adultos permite mensajes encontrados. Pero en el niño eso es contraproducente. El necesita saber con claridad si algo es bueno o malo. Eso implica jerarquizar, por ejemplo, el respeto a la vida.

En referencia al papel del Estado hay un tema que es importante, cual es la ruptura del monopolio de la clase política, no tanto porque los que venimos de afuera seamos mejores, pues mucha gente tiene expectativas perversas y hay reflejos estilo clase política, incluso en los más antipolíticos, porque hay ciertos vicios que rodean la actividad política. Por ejemplo, tener la estúpida dependencia de saber qué dicen las encuestas. Lo que me parece importante de la entrada de ciudadanos comunes y corrientes a estas esferas es que la gente conoce el monstruo por dentro y por fuera, rompiendo así con la dicotomía de los que están por dentro y los que están por fuera del Estado.

Creo que hay una especie de timidez para abordar el problema de la seguridad, posiblemente por la mezcla de los tres niveles que plantea la Constitución: Seguridad del Estado, estabilidad institucional y convivencia. Como Alcalde a mí me preocupa la

convivencia ciudadana, porque estoy seguro que si uno mejora este aspecto, la seguridad del Estado y la estabilidad institucional vienen por añadidura. Puede que sea muy ingenuo, pero me siento bien defendiendo eso. Y más bien me parece complicado buscar la seguridad del Estado y la estabilidad institucional desconociendo los problemas de convivencia ciudadana, que están también relacionados con las habilidades sociales para llegar a acuerdos de manera constructiva, dejando de usar la amenaza o el freno en la vida común y corriente, volviendo eso jugadas inaceptables. Lo noto, inclusive, en mi prevención frente al concepto de negociación. Odio el concepto de negociación aunque hago todos los esfuerzos por entender que existe y que es una fatalidad que hay que ejercer.

Lo del Estado me parece muy relacionado con la división del trabajo. Por eso hay que tener en cuenta qué cosas son discutibles y cuándo lo son. Es como si uno tuviera que hacerse una cirugía y ya en la mesa de operaciones le estuviera diciendo al cirujano corte por aquí y corte por allá. Pero además de la baja habilidad que tenemos para llegar a acuerdos hay que tener en cuenta que la preservación de los acuerdos también es difícil, es lo que se llama costos de transacción. Una sociedad puede ser rica en la parte productiva y ser pobre en la construcción y protección de acuerdos. Si uno a cada acuerdo le tiene que poner un contrato y un abogado, todo se vuelve un lío interminable. De allí la necesidad de abogados que hay en nuestro país. Otras sociedades se las arreglan con menos gente.

Tengo una idea muy simplista de Estado. Estado habrá el día en que entre ciudadanos no quepa el uso de la fuerza. No es tanto la eficiencia de sus acciones y de sus operaciones ni el número de condenados. Podemos duplicar las cárceles y llenarlas, y eso no garantiza mucho. El día en que al 99.99% de los ciudadanos no le quepa en la cabeza el uso de la violencia, ese día habrá Estado. Puede que sea pequeño o grande, pacífico o con uniforme. No importa. Lo que importa es que las relaciones de la gente queden despojadas del uso de la violencia por parte de particulares.

IRENE : Usted decía que los ciudadanos debían constituirse en grupo de presión frente al desarme, que la población que no use armas debe ser un grupo de presión. ¿Cuál es el camino para lograr eso?. ¿Estaría de acuerdo en darle estímulo a las localidades donde hubiera mayor convivencia y menos violencia?.

MOCKUS : La gente debería inventarse una especie de acto público en donde al frente de sus vecinos diga "voy a dar este paso". Como lo hicieron algunas personas que se desarmaron, con todo lo complejo que resultó para ellos. Los que pasaron por el desarme podrían ayudar a ilustrar la dificultad que significa despojarse de un arma, sabiendo todo lo que ésta representa, y renunciar a posibilidades reales o fantasiales que daba el arma. El arma, en el caso de los grupos que buscaban hacer cambios sociales, representaba unas fantasías hermosas, y en el caso de la persona común y

corriente que cree que cargando el arma va a evitar un atraco, también es otra fantasía, por cuanto no existen evidencias empíricas de que sea así, más bien las evidencias dicen lo contrario.

¿Cómo hacer que eso se mantenga en su estado de pureza, que las gentes de distintas tradiciones filosóficas pueda converger en eso?. Me parece que es el gran interrogante. Si este fuera el problema central, sería relativamente fácil que gente muy distinta diga: "Yo también, aunque pienso totalmente distinto de ustedes, coincido en que nuestras diferencias no deben dirimirse a balazos, y renuncio al uso privado del arma de fuego".

Pero me parece curioso que los militares no muestren síntomas de haber comprendido que el uso de la fuerza por parte de ellos pueda encauzarse como una venia en donde les decimos: "Sólo ustedes tienen derecho a portar armas". Es como si las armas tuvieran un matiz sagrado, y sólo los que se han formado profesionalmente para su manejo tienen la investidura. En cierta manera es una forma de tabuizar y socializar las armas para que se usen menos y haya un grado de conciencia social sobre su resultado. Aquí se trataría de un manejo del tema parecido al ambiental, en donde las acciones de los adultos son limitadas pero el compromiso de los pequeños y los jóvenes es altísimo. Un poco irreal, pero que lleve a decir: "Yo cuando sea adulto no voy a usar las armas". Me gustaría que existiera esa presión hogareña y de las distintas instituciones culturales para buscar el desarme de la gente.

Sobre la otra pregunta creo que se puede buscar un estímulo que no sea tan simple. Lo que uno podría proponer son metas. Eso hay que ensayarlo mucho, porque nuestra sociedad están en un tránsito muy complejo entre una ética por principios y una ética por resultados o por consecuencias. Y en ese tránsito uno muy fácilmente se vuelve inmoral, un conejo que corre detrás de los estímulos. Es muy importante que la introducción de los estímulos esté acompañada de suficientes precauciones para que no se debiliten las posiciones de principios, para que no termine una localidad entusiasmada por la paz porque le dio resultado. Si el mensaje es que la vida es sagrada, eso no se construye con premios. Son fundamentos, premisas que deben existir sin condiciones. Pienso que se pueden introducir algunos juegos pero habría que tener mucho cuidado con el efecto disolvente que a veces tienen los mecanismos de estímulos, que los prefiero para casos menos fundamentales, pues estos deben ser objeto de adhesiones menos condicionales. Se trata de una apuesta más profunda que una carrera por un estímulo o un resultado.

IRENE : Preocupa que en el momento actual haya adquirido tanta importancia la radicalidad a favor de la guerra. Un punto de convergencia de los sectores dirigentes es la mano dura contra la guerrilla, que genera identificación y unidad de sectores muy importantes, como puede verse en el caso del Vicepresidente Lemos Simons ¿Para quienes como usted, que representan otro talante, la

posición humanística frente a problemas como la seguridad no significa una desventaja política?

MOCKUS : Tiene razón en parte. Quiénes toman la opción de agudizar la guerra creo que es razonable y previsible que generen unos costos y consecuencias inevitables. Pero creo que los bandos están haciendo la jugada que el otro espera. A una buena parte de la población puede resultarle loco o suicida que se aprovechen las provocaciones de lado y lado para aumentar el nivel de agresión. Entonces, a veces la amenaza de la radicalización de una guerra puede ser un elemento regulador, el límite de lo que es aceptable en la confrontación. De los casos más complejos de una guerra son las reglas de lo que no puede hacerse, y la ampliación del espectro de los medios que utilizan es una amenaza para todo el mundo, incluyendo la sociedad. Podemos decir que los bandos enfrentados en el fondo merecen en más de un caso un profundo desprecio de muchos colombianos.

La sociedad Colombiana se ha acostumbrado a vivir con la violencia. Las voces alarmadas recientes tienen la virtud de ponernos a reflexionar sobre si es un mal crónico, una especie de tos que nos saca una cuota de sangre diaria, pero que está allí ni para desaparecer ni para resolverse.

La ventaja de la discusión más reciente es que nos ha puesto a pensar en el camino del medio, a mantener una puerta vagamente abierta hacia conversaciones o radicalizar la guerra, donde uno ve al Estado y al sociedad civil bastante enredadas. A veces parece que la complejidad de la discusión dentro del Estado, de este con la sociedad civil y dentro de ésta, proporciona unas ventajas pavorosas a la guerrilla, que funciona con esquema supersimplista, fundado en aspectos dogmáticos pero coherente. Mi impresión es que existe un sistema de contrapesos que nos coloca en una posición de centro. Razonamientos recientes sobre gasto militar muestran que miembros de la sociedad civil dicen: "No nos convence ese camino", pero una guerra mayor sin incremento sustantivo del gasto es irreal. Son palabras, hostigamientos como la ocupación de Casa Verde en la época de la Constituyente. Patadas a las espinillas del otro pero que no definen la guerra y no corresponden a una estrategia para definir la guerra. En síntesis, hemos regresado a un esquema de convivencia con la guerra que es incómodo.

Lo que digo está centrado en la visión de la ciudad, donde los efectos de la guerra pueden ser menores que en las zonas rurales. Allá el nivel de desespero puede ser muy grande y habría mucha gente pensando que esto se defina de uno u otro modo pero que se defina. El estar atrapados en bandos distintos resulta costoso y duro. Eso alimenta indirectamente las ciudades con inmigración de gente que se aburre y se viene a buscar mejor vida.

IRENE : ¿No cree que ante la caracterización que existe a favor de la guerra corresponde caracterizarse ante la paz?

MOCKUS : Curiosamente yo suelo hablar muy poco de paz, en parte por un temor al vaciamiento de la palabra y en parte por la deslocalización, porque mucho de la guerra no está donde vemos la guerra. Buena parte está en el interior de la familia, en las relaciones entre amigos y en la facilidad con que se acude a la violencia. Si la regla cultural es que la violencia vale y la violencia paga, hasta las cosas más sofisticadas en términos de negociación y hasta de guerra total patinan. A veces digo: "Imagínense la enredada de la guerrilla ganando la guerra ¿Cómo gobierna?". De verdad, en una sociedad donde todos acuden a la violencia y no hay un monopolio del uso de la fuerza.

Creo que hace falta una orientación que busque que los grandes se pongan de acuerdo, que hace falta ponernos unas reglas de juego con cierta eficacia, con lo que puede ser posible que se aisle a los que juegan al viejo estilo. Jugar con faules en cualquier terreno es posible, pero en muchos terrenos la humanidad termina viendo que es más eficiente y bello jugar sin faules.

Pienso que hay que mirar el balance entre éxito y belleza. En estos últimos días he estado tratando de decir: "De pronto lo que hemos generado es por todos los canales y por todos los actores alimentados por una ética del éxito y no una ética estética, que me permita decir perdí la batalla pero estuvo bella, nos lucimos, nos fajamos, nuestros hijos podrán recordar esto con orgullo, y no con vergüenza". Por ese lado puede haber un elemento a desarrollar. Hay cosas que nos afean. La violencia es una de ellas. Y el elemento de solidaridad social es el chisme de un antropólogo que decía que el mandamiento de "no matarás" antes de estar escrito con esa universalidad realmente decía: "No matarás judíos". De pronto decir "No matarás Colombianos" puede sonar horrible porque sería una especie de autorización para matar a otros, pero nos recuerda que nos estamos matando entre nosotros. Hay que construir un nosotros, algo que nos una y nos haga comprender que además de las diferencias existen elementos comunes, que nos pertenecen aun siendo del otro. Si el nosotros fuera más fuerte estaríamos poniéndole un límite a las confrontaciones entre partes de nosotros. A mí me gusta mucho el análisis en el equipo donde hablamos del nosotros. Muy pocas veces el nosotros se utiliza como lo que es. Cuando estamos en una reunión y alguno dice "nosotros", tengo que decir "Ah, la dependencia tal..." En el fondo hay un yo vergonzante, que además se esconde.